

Arturo Andrés Roig: maestro y pedagogo, historiador y filósofo de Nuestra América

El pasado martes 30 de abril falleció, poco antes de cumplir 90 años, el maestro Arturo Andrés Roig. Nacido en 1922, estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, de donde egresó en 1949, para retornar a ese claustro en calidad de profesor una década más tarde. Como es sabido, se vio obligado a dejar el país en 1975, en medio la creciente ola de terror y persecución política desatada durante el gobierno de Isabel Perón, que preludió a la dictadura militar que se iniciaría con el golpe de marzo de 1976. Luego de una estancia en México, se radicó en Quito, donde encontró el cariño y el acogimiento de la que sería su segunda patria y su lugar de residencia durante los largos años de exilio. A su regreso a la Argentina, en 1984, fue restituido por orden judicial en su cargo universitario —del que había sido echado en 1975— y se incorporó como investigador en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Los años ochenta y noventa fueron años de incansable actividad. A la par que producía trabajos fundamentales para la Historia de las ideas de América Latina y formaba un nutrido grupo de becarios e investigadores, Arturo Roig fue director del Centro Regional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CRICYT-Mendoza) y director fundador del Instituto de Ciencias Humanas Sociales y Ambientales (INCIHUSA) del CONICET. Jubilado desde hace ya muchos años, no dejó nunca de trabajar ni de pensar. Toda su vida —hasta los últimos días, puesto que nunca perdió la lucidez intelectual— estuvo signada por el deseo de conocer y por la vocación de enseñar.

En su desarrollo intelectual se distinguen dos etapas. En la primera, en forma simultánea a su preocupación por la filosofía antigua —tema sobre el cual dictó cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras, hasta su exilio—, Roig desarrolla un interés paralelo por el pasado intelectual de su querida provincia natal. Entre sus múltiples trabajos sobre Mendoza —que en buena medida fueron reeditados en 2005 y 2009 con el título *Mendoza en sus letras y sus ideas*— se destacan los dedicados a la impronta de las ideas ilustradas, románticas, positivistas y espiritualistas en Mendoza, así como dos escritos sobre la literatura y el periodismo locales, cuyas fuentes rastreó en los diarios *El Debate* y *Los Andes*, durante los períodos 1890-1914 y 1914-1940 respectivamente, ambos publicados en la primera mitad de los años sesenta. Ya en esos primeros escritos sobre las letras y la cultura mendocinas se perfila claramente el enfoque social que sería siempre una de sus notas características.

Paralelamente a su labor historiográfica de la cultura y el pensamiento, en estos años Arturo Roig dedica un interés primordial a la educación y a las ideas pedagógicas, tanto aquellas que impulsaron transformaciones en nuestro medio, como también las que surgieron en otros puntos del país y de América Latina y alcanzaron luego una contundencia práctica y programática nacional y continental. Agustín Álvarez, Julio Leonidas Aguirre, Carlos Vergara, Amadeo Jacques, Pedro Scalabrini, José Enrique Rodó, Deodoro Roca, etcétera, son autores profusamente estudiados por él en este período. En su producción relativa a temas de educación, se destaca la reflexión sobre la práctica educativa en la universidad, reflexión que es, en buena medida, el resultado de la sistematización de su experiencia como maestro y de su búsqueda por formular e implementar reformas educativas renovadoras y participativas.

A partir de fines de los años sesenta y principios de los setenta, ese interés por lo propio, por el terruño, por lo cercano —que sin embargo, Roig nunca abandonó del todo y al cual regresó incansablemente a lo largo de toda su vida—, se irá ampliando hasta abarcar el pensamiento

argentino, primero, y luego el latinoamericano. En esta segunda etapa, que corresponde a los años de su exilio y posterior retorno a la Argentina, es cuando Roig produce una obra de trascendencia a nivel internacional, realizando importantes aportes en los campos de la Historia de las ideas latinoamericanas, la Filosofía latinoamericana y el pensamiento ético; todo ello sin restar mérito al desarrollo de las bases de una pedagogía universitaria ya referido.

Con relación a esto último, esto es, su pensamiento y su práctica relativos a la educación, cabe destacar la tarea que realizó como Secretario Académico de nuestra universidad en los años 1973 y 1974, cuando impulsó la renovación de las estructuras y modalidades educativas universitarias, con el objeto de desplazar el verticalismo tradicional de los métodos de enseñanza, instaurar formas democráticas de aprendizaje, y conmovier, en definitiva, la concepción profesionalista de la universidad, para promover en su lugar el desarrollo de una comprensión social y política de la misión y función de la institución universitaria.

Los cambios impulsados por Roig en esos años apuntaban a reemplazar el antiguo sistema de cátedras por unidades pedagógicas amplias, capaces de favorecer la integración tanto de los saberes como de las actividades de docencia, investigación y servicio a la comunidad, todo ello dentro de un espíritu que enfatizaba el sentido totalizador del conocimiento y el compromiso del universitario con la sociedad. Es curioso que en muchas oportunidades, desde los años noventa hasta hoy, cuando se quiere implantar cambios de impronta neoliberal en la universidad, que buscan aumentar la “productividad” de la educación universitaria mediante la flexibilización del trabajo docente, se trae a colación aquella experiencia de “departamentalización” promovida por Roig. Lo cierto es que el propósito que sostenía aquella experiencia era totalmente diferente y se planteaba en un contexto radicalmente distinto, en el que las remuneraciones y dedicaciones docentes eran acordes a los objetivos verdaderamente transformadores que se buscaba alcanzar y en los que estaban comprometidos activamente tanto profesores como estudiantes, todos imbuidos de una conciencia del rol social de la universidad.

Esta rica experiencia fue, como sabemos, interrumpida violentamente por la “Misión Ivanissevich” en 1975 y el posterior golpe de estado de marzo de 1976. Roig, como muchos de los participantes entusiastas y promotores del experimento, debió dejar el país. Sin embargo, continuó su tarea en Ecuador, en compañía de su amigo el Dr. Rodolfo Agoglia, que había impulsado el mismo proceso renovador en la Universidad Nacional de La Plata.

En su vasta reflexión sobre la educación universitaria —que se inscribe dentro del pensamiento reformista que arranca en 1918 con el *Manifiesto Liminar* de Deodoro Roca, al tiempo que lo radicaliza— se destaca su convicción de que la universidad, en tanto institución educativa, no puede permanecer ajena al desarrollo de una pedagogía universitaria, y debe, por tanto, abocarse a la reelaboración de los métodos de enseñanza aplicados en las aulas, a fin de adecuarlos a las necesidades de la educación pública, gratuita y popular de la universidad argentina.

El rotundo rechazo de la actitud paternalista en la relación maestro-alumno, considerado por Roig como una proyección de la estructura familiar jerárquica en el espacio áulico, lo lleva a reconocer al estudiante como verdadero sujeto de la educación y a propiciar la sustitución de la fórmula “educador-educando” por la relación entre dos estudiantes, donde la diferencia existente incumbe a la mayor o menor experiencia de cada uno —el profesor es, según una expresión suya, “el estudiante del día anterior”—, pero eso no impide que ambos se sumerjan en la aventura de la construcción conjunta del conocimiento. Esta relación educativa encuentra una aplicación práctica en el seminario, método pedagógico que Roig implementó en nuestro medio desde la década de los sesenta, primero en la universidad y luego en la tarea de formación de

becarios, tesisistas e investigadores en el ámbito del CONICET, y al que concibió como una modalidad enteramente libre de enseñanza-aprendizaje, donde no existen presiones ni sanciones, y donde todos concurren movidos por el sólo gusto de aprender e investigar.

En lo relativo a sus aportes en el campo de la “Historia de las ideas latinoamericanas”, es necesario decir que Arturo Roig vislumbró con mucha claridad desde los años setenta las dificultades metodológicas que afrontaba la disciplina, tal como era tradicionalmente practicada tanto en Argentina como también en el resto de los países de la región. Por una parte, comprendió los límites de la modalidad habitual de encarar la historia de la filosofía, que consistía en lo que se ha llamado “lectura interna” de los textos. Según este método, el contexto histórico-social en el que surgen y se desarrollan las ideas filosóficas no tiene ningún peso en las mismas, no ejerce ninguna impronta fundamental, sino que más bien las filosofías se encadenan unas a otras a partir de una dialéctica puramente interna al pensamiento. Por otra parte, en la historiografía de las ideas que se practicaba en los centros académicos —y en el nuestro muy particularmente— se pensaba fundamentalmente en torno al concepto de “influencias”: un filósofo era influido por otro u otros, e incorporaba esas influencias en calidad de préstamo. Este enfoque es particularmente nefasto a la hora de valorar las producciones latinoamericanas, pues tratándose el nuestro de un continente dominado y dependiente en la mayor parte de su historia, nuestros pensadores siempre han debido dialogar con las producciones teóricas de los respectivos centros. Por lo tanto, desde ese enfoque, más que producción propia de un pensamiento original, siempre vamos a encontrar “influencias”, préstamos teóricos de otros pensamientos que no tienen nada de original. Por otra parte, es el contexto particular americano el que imprime un sello peculiar a las preguntas y respuestas que se formula cualquier pensador. Desconocerlo es obturar una ponderación justa de ese pensamiento.

Roig combatió fuertemente ambos presupuestos metodológicos, y el resultado fue una transformación radical del modo de ver y valorar nuestro pasado intelectual, pues, como ha señalado el maestro José Gaos, nadie encuentra lo que no busca, y si no buscamos la originalidad de nuestros pensadores del pasado, difícilmente la vayamos a encontrar (e igualmente difícil resultará inaugurarla alguna vez). Para producir esa ruptura en la metodología de Historia de las ideas, Roig incorporó, en los años setenta y ochenta, el llamado “giro lingüístico” que tenía lugar en las ciencias humanas. Esto le permitió reorientar y ampliar el enfoque metodológico en el estudio del pasado intelectual latinoamericano, a partir de la comprensión de las “ideas” como signos lingüísticos que articulan sentidos en el marco de discursos. El lenguaje no es una herramienta neutra para la expresión del pensamiento; por el contrario, es, como dice Valentín Voloshinov, la arena en la que distintos grupos humanos luchan por imponer determinada significación a los conceptos, en el marco de una sociedad con características históricas y sociales específicas y determinadas. Esta comprensión nueva de las “ideas” que se quiere historiar, que introdujo Roig, permitió incorporar una serie de herramientas aptas para descubrir la presencia del contexto social en los textos e incluso para leer las voces “otras” —esto es, de los “otros” silenciados o eludidos en cualquier discurso— en la superficie de los escritos políticos latinoamericanos.

Dentro de esta propuesta, otorgó especial atención a la organización de los textos a partir de pares dicotómicos, que llamó “categorías histórico-sociales” (tomando como ejemplo la célebre oposición sarmientina “civilización/barbarie”), como también a lo que denominó “función utópica” del los textos, entendida como un dispositivo del discurso que subraya el carácter transformador de los sujetos históricos y que permite entender la temporalidad humana como abierta a la novedad histórica.

En su vasta obra, Roig ha enfatizado la importancia de la Historia de las ideas latinoamericanas como espacio donde se efectiviza el conocimiento del pasado y la afirmación de la identidad de los hombres y mujeres de este continente. A su juicio, el estudio de nuestra tradición intelectual pone al descubierto el ejercicio, por parte de nuestros grandes pensadores políticos, de una forma de saber que cuestiona los modelos coloniales de conocimiento propios de los centros del poder mundial (desde la conquista hasta el presente) y que excede la función puramente cognoscitiva, puesto que se asienta sobre la necesidad de reconocer el valor de nuestra cultura y de considerarnos a nosotros mismos como valiosos.

Roig ha desarrollado una comprensión original de la historia de América Latina, como continente permanentemente sujeto a la voracidad de las grandes potencias y a la interrupción de los procesos sociales de liberación de las sucesivas cadenas que, intereses externos o internos, han ido imponiendo a nuestros pueblos. Esa comprensión parte de considerar que la “destrucción de las Indias”, denunciada por Bartolomé de Las Casas, no fue un hecho único e irrepetible, imputable exclusivamente al momento inmediatamente posterior a la conquista española, sino que se trata de una constante en nuestro desarrollo, una “figura” condicionante del proceso histórico y cultural de nuestros pueblos, que se ha repetido innumerables veces, y puede —nada permite asegurar que no ocurrirá de nuevo en el futuro— volver a abatirse sobre nosotros.

La “destrucción” de los pueblos originarios, operada por los españoles en el siglo XVI, es, desde luego, un hecho histórico que redujo la existencia de la humanidad americana a un punto cero, desde donde las generaciones siguientes debieron recomenzar una lenta re-construcción de la identidad —tal es lo que hicieron, entre otros, los independentistas en el siglo XIX—. Pero es también un símbolo que recuerda los sucesivos quiebres de la continuidad en el proceso de constitución de nuestra subjetividad, al tiempo que permite reconocer, a lo largo de esa cadena discontinua, el permanente retorno de un sujeto que insiste en afirmarse y en re-comenzar.

El pensamiento ético de Arturo Roig parte del reconocimiento de la dignidad intrínseca de todo ser humano y de su valor como fin en sí mismo (Kant). Este reconocimiento empero no es de carácter puramente teórico; según Roig, se origina históricamente cuando tiene lugar un proceso de emergencia social, que siempre se encuentra impulsado por necesidades humanas insatisfechas. De este modo, la afirmación de la dignidad humana está asociada en la historia al fenómeno del surgimiento de grupos humanos que se rebelan, que resisten frente al poder, que cuestionan las formas opresivas que contiene siempre una organización social determinada.

La obra escrita de Arturo Roig es verdaderamente inmensa. Entre sus libros más importantes, pueden destacarse los siguientes: *Los krausistas argentinos* (1969, 2006); *Platón o la filosofía como libertad y expectativa* (1972); *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana* (1977, 1982); *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981, 2009); *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina* (1981); *Bolivarismo y filosofía latinoamericana* (1984); *El humanismo ecuatoriano de la segunda mitad del siglo XVIII* (1984); *Feudalismo y barbarie en el Facundo* (1989); *Rostro y filosofía de América Latina* (1993); *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (1994, 2008); *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano* (1991); *El pensamiento social de Juan Montalvo* (1995); *La universidad hacia la democracia* (1998); *Caminos de la Filosofía latinoamericana* (2001); *Ética del poder y moralidad de la protesta* (2002); *Mendoza en sus letras y sus ideas* (2005 y 2009).

Estela Fernández Nadal
Profesora de la FCPyS, UNCu.
Investigadora Principal del CONICET
Mendoza, 6 de mayo de 2012